

LA TARDE MÁS LARGA

**Una biografía novelada de
Manuel García Cuesta *El Espartero***

La acción es la pérdida del hijo: su destino. Nadie logra
salir de la acción ni rescatarse intacto de ella.

La tarea del héroe. Fernando Savater

I

Tauromaquia urbana

“Soñaba con ser libre o, al menos, sentirme importante ante los demás en los días de mi infancia. Desde entonces se ha convertido en una sensación extraña que no sé cómo explicársela bien, no sé si me entenderá. Al principio era capaz de imaginarme un destino mejor, distinto al de los demás, pero a medida que avanzaba mi juventud vi otros caminos... un buen día llegué a comprender todas estas cosas, pero siempre tuve presentes aquellos primeros pensamientos, que salían cuando menos lo esperaba”.

Una lección de filosofía taurina. De repente, se escucha una voz seca que llega desde el otro extremo de la habitación, junto al espejo del aparador de caoba.

—¡Manuel, vámonos, que ya es un poquito tarde...!

El que así habla es su mozo de espadas. Un hombre taciturno, que responde al nombre Antonio Casado *Añito*. Es el momento justo en el que se ha llegado a una cierta sinceridad con sus palabras. Una lástima. Se ha roto un instante único e irrepetible. Sus palabras no brotan de cualquier manera, se van derramando de forma pausada pero continua. Al final todo tiene sentido. Y esto ya me ha pasado en otras ocasiones. A veces es un galimatías para aquellos que no le conozcan, un torbellino de

palabras, una estridencia verbal sin igual. Para mí es pura filosofía, que antes de conocerle pasaba por puro discurso de un tipo raro, que no encaja en nuestro mundo.

Las interrupciones fortuitas engrandecen la figura del torero, huraño a los ojos de toda la pléyade de aduladores que le rodean a cada minuto del día. Las miradas se cruzan y no hace falta decir nada más. El atisbo de charla se ha interrumpido y no sé qué podrá ocurrir con el matador, con la figura que todo lo puede en los ruedos y que ahora, después de que el planeta Tierra haya rotado lo suficiente entre nosotros, se encuentra ante mí, desnudo, sin nada en las manos y con la frente mojada con leves gotas de sudor. ¿Cómo seguir utilizando la memoria para no olvidar lo que sucede en este momento? Todo se fragmenta, como los recuerdos que se agolpan en mi memoria desde que le conocí. ¿No fue tal vez este momento de hoy vivido, para más señas sentido, en una ocasión ya anterior? A estas alturas lo ignoro.

Los momentos se cruzan en un lugar que la propia memoria desconoce, como el almacén del periódico en el que paso la mayor parte de mi tiempo y donde se guardan las noticias y las tragedias como los paños del establecimiento de al lado, en un orden acérrimo, pero en el que las tragedias ocupan unas líneas junto a felices acontecimientos que nunca pasarán a la historia. Por cierto, ¿se tomará la historia todo esto en serio? Lo dudo hasta con la certeza de que la letra impresa luche contra las manecillas del reloj interior de nuestras vidas.

Se nota desde hace unos instantes que ya no es dueño de su persona, ha cambiado la expresión desde que he llegado. Algo le llama desde lo más profundo de su vientre, algo que muchos describen como miedo y que se enjuaga con la palabra responsabilidad. Si midiéramos el grado de densidad de su sangre ahora mismo, podríamos hacer de sus fluidos una pasta espesa que serviría para tapar los huecos de nuestras conciencias. El hombre se hace torero, matador de toros, ese ser especial que en algún momento de nuestra vida hemos soñado con ser al menos en los días de gloria, porque a los sacrificios no nos acostumbramos nunca. Parece como si a Manuel se le hubiera gastado el miedo de tantas tardes y lo único que siente ahora es dolor, un dolor antiguo por el paso del tiempo, por la inconsistencia de los minutos que se le escapan de las manos en situaciones como ésta: los momentos previos a la actuación en una plaza de toros, cuando el mozo de espadas espera pacientemente junto a la pequeña silla que hace las veces de vestidor.

Sé que a lo mejor estos pensamientos nunca los encontraremos en la cabeza de nuestro protagonista, pero al que esto escribe le gustaría que todo fuera posible, que naciesen argumentos vivos y pujantes en su alma. La certeza de que esto no le pase por la cabeza me asusta pero creo en un dogma de fe particular que consiste en mirar para otro lado y pensar como una beata de oratorio que todo es verdad porque a fin de cuentas es mucho más literario, que es lo que importa en estos casos y,

en concreto, a mis lectores, deseosos de escapar de sus humildes y previsibles existencias.

Son las cuatro menos quince minutos de la tarde según mi reloj de bolsillo, grande y parecido a un huevo de cormorán. La atmósfera se ha caldeado y cuesta saber cuánto tiempo hemos estado uno enfrente del otro, mirándonos con suavidad y describiendo con los ojos un leve dibujo de los objetos que nos rodean en la lujosa habitación de este hotel, que jamás he pisado anteriormente.

—¡Bueno, llegó la hora...! —dice con contundencia.

Todos entreabrimos los ojos con agudeza, como si al hilo del tiempo se le hubiera dado un giro inesperado, una vuelta más en la rueda. Es curioso; me miran a mí, a este extraño hombre de traje claro, como si me fuese a asustar por lo que llegará unos segundos después, como si mis ojos de periodista no estuvieran acostumbrados desde siempre a esa expresión circense del más difícil todavía. Convivir con esta gente tan particular acostumbra al ojo a un ejercicio de tolerancia.

—Pero no se quede ahí, venga hombre —insiste haciéndome una leve indicación con la mano derecha. —En estos momentos la charla me distrae bastante y eso lo aprendí de Cirineo, mi compadre, todo un maestro, usted lo conocerá por otras referencias... —murmulla con media sonrisa.

—Claro que sí —le respondo.

Uno es previsor y lleva libreta y lápiz bien afilado cuando van a vivirse momentos así. Arriba, en la hoja cuadrículada, en el margen derecho, hay una fecha apuntada:

domingo 27 de mayo de 1894, Madrid. Me siento observado. Cirineo, que lleva la cruz a costas de ser el hombre de confianza del torero más famoso del momento está frente a mí. Se llama en realidad, para los no iniciados en la Fiesta y, en concreto, en esta historia, José Cineo. Aunque no lo parezca llevo así unos años, siempre me acompañan como fiel escudo y lanza estos dos instrumentos de escritura. Antes no era tan previsor, pero ahora nunca se me pasa apuntar la fecha del día, todas aquellas cosas que hago, que veo o que me dicen, que no son pocas. Después llega el momento de la escritura, cuando hay que traducir a un idioma comprensible lo que voy anotando cada jornada. Y todo ocurre en momentos de insomnio o cuando estoy ocupado en otros temas, casi siempre de forma inoportuna.

¿Podríamos anotar todo lo que nos ocurre al cabo de un día? Cuando se pone en un papel lo que hace un hombre todo se vuelve más ridículo. Hay un tufillo a tragedia personal cuando nuestros quehaceres se transcriben a una caligrafía clara y despejada. Lo de hoy es una anécdota más. ¿Subsistirá dentro de cinco años? El ser humano es así de idiota. Somos capaces de revestir de mito aquello que sólo es un chiste para la mayoría, pero tiene uno que sentirlo así para que tome ese barniz, ese color especial de aquellas cosas que son importantes.

Manuel García Cuesta, *El Espartero* en los carteles, luce la tez morena, como exótico rey de una corte oriental. Es de complexión fuerte y no tan bajito como había escuchado. Su cuerpo ha sido maltratado por muchas gestas taurinas en pocos años. Varias cicatrices recorren sus muslos, pero no sé su

disposición exacta ni su historia marcada por la sangre. No conozco su desnudez, es toda una incógnita a mis ojos, que prefieren dejar regiones sin explorar para que la imaginación trabaje un poco. El héroe, en la intimidad que dan las sábanas todavía caldeadas y arrugadas junto a las toallas de color marfil desordenadas en los pies de la cama, muestra un perfil altanero. Quedan tan sólo seis años para que acabe el siglo. ¿Será verdad lo que se comenta del próximo?

Ahora a los periódicos les da por publicar noticias y reportajes sobre calamidades que llegarán el primero de enero de 1900. Hay adivinos por todos sitios y muchas de las novelas que se editan hoy nos ofrecen el futuro lleno de máquinas y artefactos de motor que nos transportarán a tomar una copa de vino al campo con toda la familia. Pienso en otros casos. No he leído nada de cómo se dibujará la fiesta de los toros. ¿Cómo serán los toros en 1947, por ejemplo? ¿Quién mandará en los ruedos? ¿Tendrán los aficionados ganas de sentarse en una grada tostada por el sol dentro de veinticinco años? ¿Cómo será este torero que tengo delante de mí en un futuro lejano? Tal vez Manuel tendrá escaso pelo, como la nieve, un abuelo venerable, pero ganadero de reses bravas de postín muy cerca de Sevilla, y a lo mejor indiferente a sus vecinos cuando transite por una calle céntrica con sus nietos de la mano. Siempre me he hecho esas preguntas y no sólo acerca de los toros, porque en este mundo estoy por circunstancias meramente editoriales. ¿Habrán todavía reyes en España? ¿Nos inventaremos una guerra al otro lado del charco para seguir con las mismas ilusiones que las que hoy

llenar las portadas de los diarios? ¿Seguirán nuestros suelos coloniales llevando a nuestros hermanos a una muerte segura en las selvas de Filipinas?

Ya he asistido antes, he tenido la inmensa suerte, al ritual de vestirse para torear, pero nunca dejo de fijarme en la ceremonia, en los pasos sigilosos y en los enunciados precisos que se sueltan. Manuel no tiene un léxico abundante en ciertas ocasiones, pero sus hombres de confianza no admiten muchos más significados a las palabras cotidianas, que lanzan desconfiados ante el observador extraño, que les mira como auténticas reliquias de museo de artes y costumbres. Intento anotar algo, es imposible. El ambiente que se vive admite más la reflexión que mi pobre lápiz, que parece ahora en mis manos un bisturí de cirujano, algo molesto y cortante ante tantas miradas.

“Pues sí, como le iba diciendo, la vida da muchas vueltas y los pensamientos de uno, cuando se es pequeño, quedan fijados para siempre, como el hierro que utiliza el ganadero para marcar a sus bichos”.

En estas situaciones poco se puede contestar, es el maestro el que habla y todos escuchamos, como los seguidores de una religión misteriosa. Cualquier palabra que diga yo en estos momentos sobra, porque puede sonar a herejía, en este grupo iniciático de admiradores del maestro. Si se puede considerar que la Tauromaquia es una religión, yo soy ahora un converso fanático, capaz incluso de hacer proselitismo y predicar en un lejano desierto.

“En mi caso particular —continúa sin mover una ceja— no se atravesaba una situación de pobreza y abandono, como otros de mis amigos del barrio. Mi familia era artesana y en aquellos años, le hablo de la década de los sesenta, no era poca cosa”.

Cuesta imaginarse al torero con aspecto de niño, con pantalones cortos, alpargatas de esparto, cara de necesidad y corbatín negro los domingos por aquello de la misa en la parroquia de la collación. Manuel es llamado en los carteles El Espartero, por el oficio de su familia. ¿Existirá alguna fotografía de aquellos lejanos tiempos? ¿Tal vez un dibujo? Aquella Sevilla romántica y un tanto de opereta tiene pocas albúminas en buen estado de conservación, aunque seguro estoy que si se trastea aparece algo en una tienda o en las cajas metálicas de la costura del armario de algún familiar cercano. Veía a mi alrededor una vida prefijada, sin muchas aventuras y, por cierto tiempo, me mantuve en esa senda”, aclara mirando al espejo.

“Había que darle un giro a todo lo que se suponía nos iba a pasar. Me aburría con la vida de los demás, siempre estaba maquinando cómo divertirnos en el barrio, con nuestras historias particulares. No me veía trabajando en la empresa familiar y, mucho menos, en uno de tantos oficios que me rodeaban en el barrio”.

El mozo de espadas y su ayuda se aproximan al maestro con sigilo. Manuel se da media vuelta lentamente. Es el momento de ponerse la taleguilla.. Son dos hombres serios y compungidos. Antonio Casado, conocido como Añito —se

supone que lo ha tomado de un familiar cercano— y Luis Ortega, sin apodo conocido hasta la fecha. Debe quedar lo más ajustada posible al cuerpo, por eso realizan una ceremonia extraña que consiste en subirlo unos centímetros del suelo para que encaje con su cuerpo a la perfección.

No he querido mirar con atención hasta el momento en el que se ha enfundado esta prenda fundamental. He distraído la vista en un ángulo muerto en este punto. Sus muslos han quedado al aire, justo antes de que las medias de color blanco y el calzón hayan tapado lo innombrable: las cornadas. Luis se echa al suelo, planta sus rodillas en las losas frías y grandes del suelo para atarle los machos, esos complicados nudos que aprietan la taleguilla un poco más abajo de la rodilla.

Una parte más que acrecienta su leyenda, la de diestro castigado por las heridas, que marca su piel con surcos de cicatrices que parecen lechos de ríos sin caudal. El color del terno no se aprecia bien en la penumbra de la habitación, porque no se me ha permitido la entrada en su reducto más sagrado. Lo puedo ver todo, pero desde una discreta posición: en un sillón bastante cómodo que permite ver incluso una de las esquinas de la cama. Hasta ahora ha hablado desde la puerta, con leves apariciones en la habitación. En la lejanía, el traje de luces viene a ser como mantos de dolorosas que desfilan por Sevilla en las tardes apacibles de la primavera, porque en el templo, a la luz de las velas, es un simple esbozo. En la calle, más bien en la plaza, se convierten luego en una antorcha de luz. Para esta tarde ha elegido un terno distinto. Parece que es grana y azabache. Lo de

traje de luces se queda en una simple especulación. Los abundantes bordados imitan la hojarasca que se puede ver en muchos de los pasos de misterio repletos de figuras de romanos que desfilan por las calles de su ciudad natal. También se aprecian mariposas y caireles, muy cerca de las hombreras, que caen a borbotones sobre el color grana del fondo.

Siempre me ha fascinado el lenguaje de los toros. Las expresiones crípticas y el caudal de vocablos que sólo tienen sentido cuando se pasa miedo en la plaza, cuando cada palabra es escuchada en su contexto. Y no se trata de usar términos muy técnicos que tengan que ver con la lidia sino más bien esas interjecciones de aliento, de ánimo o de reprobación que se pronuncian en cualquier lugar donde habiten toreros. Pero mucho más interesantes son las denominaciones de los colores. Las tonalidades no son simples como puedan aparecer ante nuestros ojos incrédulos. No hay rojo a secas sino grana, morado se convierte en nazareno pues es el mismo color de la túnica, el marrón es tabaco... A veces el color es pura metáfora, como cuando se dice catafalco, que no es otra cosa que negro, por aquello del forro de los ataúdes, o verde mar o, si me apuran un poco, la sutileza del caña cuando se intenta enmascarar el amarillo, una tonalidad tabú. Y así hasta completar una lista más propia de poetas descarriados, a manera de manual, que de sastres, que forman en nuestros días un auténtico gremio medieval en ciudades taurinas como Madrid, Sevilla o Bilbao.

Todas las prendas han llevado un estricto orden en la silla de enea que está junto a los pies de la cama. Ya quedan

pocas porque desde mi asiento he podido llevar la cuenta de las que han ido pegándose como un recortable en el cuerpo del diestro. Dicen que trae mal fario ponerse unas antes que otras, colocarlas mal, arrugarlas sin sentido e incluso elegir un color inadecuado. Intento otra vez escribir lo que resulta indescriptible para el profano, como meras observaciones, con el deseo de poder luego reconstruirlo y traducirlo a un lenguaje divulgativo y accesible a todos los lectores. La tarea no es fácil. Tengo que armarme de valor para tomar el lápiz, afilado como un estoque, y no perder la oportunidad de unir palabra con palabra. Menos mal que hace ya un tiempo que estos señores que se dedican al mundo de los toros no ven como un arma mi lápiz. Si no lo viera desde la óptica taurina, podría pensar que Manuel es un Papa antes de officiar la misa de coronación de Carlomagno. Seguro que los hombres que le rodean no son conscientes de esos pensamientos que me asaltan. Me imagino al rey franco en la Navidad del año 800, nada menos, pero rodeado de banderilleros y picadores, con apoderado barrigudo y un buen cigarro puro en la boca.

Manuel es hombre reservado y son pocos los que han entrado en la cripta íntima de sus desvelos. No hay corte inagotable de aduladores. Están las personas íntimas, las de verdad. Se vislumbra el capote de paseo, que cierra el conjunto artístico de la silla, como si fuera un pequeño templo. Es la primera prenda que se quita, como la cúpula del edificio. Ahora está simplemente recostado sobre los pies de la cama, pero en unos pliegues perfectos. Sé cuál es el bordado, creo que lo he

visto en una de sus actuaciones. El fondo es rosa palo, una tela de raso cuajada de bordados dorados que imitan flores de acanto crean un tapiz imperceptible a primera vista. Los remates son flores de color rosa. Si se mira atentamente se ha colocado de forma estratégica la imagen de una dolorosa sevillana. Se trata de la Esperanza Macarena. El Espartero ha nacido en la ciudad en la que más vírgenes hay por metro cuadrado y sus lastres emocionales son difíciles de desenganchar. Es la dolorosa que más devoción arrastra entre sus vecinos. Cualquier artista que se precie siente una especial emoción cuando ve procesionar por sus calles el palio de la Virgen. Manuel habla de ella, con mucho respeto, y la nombra muchas veces con la expresión La Señora. A su traje de torear le queda poco para que esté perfectamente engarzado como un rompezabezas. Tan sólo faltan los remates, los toques de distinción exquisitos.

—La Sevilla de hoy día no la conozco —dice en un tono más alto de lo normal.

—¿Por qué? —le pregunto.

—He paseado por algunas calles y he notado ciertos cambios. A lo mejor son tonterías pero sé perfectamente lo que me digo.

Y no es extraño que tenga esa sensación, porque él es hombre famoso que va creando entre los ciudadanos una admiración sin límites. Todo lo que hace, todo lo que dice tiene una profunda consideración entre los sevillanos.

—Ya sé que pensará que es por la fama, pero mi Sevilla —pronuncia de forma pausada todo el enunciado— ha

cambiado desde que era un simple chavalín con pantalones cortos. A estas alturas de conversación, un rayo en esta tempestad dialéctica, se agradecen las palabras continuadas.

“Aquellos días eran difíciles para un niño. Teníamos pocas distracciones. Mi familia tuvo el privilegio de permitirme una infancia de niño más o menos normal. Cerca de mi casa residían familias con muchas necesidades y algunos de mis primeros amigos trabajaban ya con corta edad para aportar algo de dinero, unas míseras perras, a familias muy numerosas. Mis primeros recuerdos son de un patio sombrío. En un lateral había un arcón de madera de color negro y encima un crucifijo enorme. Era un patio pequeño y lo curioso es que pasábamos de refilón, nadie hacía posesión de su plaza, por eso lo tengo asociado con algo triste porque allí nunca se hacía la vida, incluso las visitas eran conducidas con rapidez al comedor”.

He comprobado que en Sevilla los patios de las casas tienen una especial forma de ser. Son únicos, con personalidad propia, pero parecen estar hechos para ser ignorados por sus dueños. Reciben el castigo de miradas esquivas y llenas de olvido. Están planificados para el vecino de enfrente o para, pongamos por caso, un administrador de fincas despistado que realice un catastro municipal interminable. En conclusión: son melancólicos.

“Era una estancia que te alejaba del jaleo de la calle, pero a la vez te incitaba a atravesarlo con rapidez, como tierra de nadie en una frontera en guerra, antes de sentirse uno libre en la calle. Además, casi siempre estaba en sombra porque no se

construyó bien orientado. En invierno el frío te calaba los huesos y en verano hacía bochorno. El ruido de la calle se colaba como una tentación. Era un rumor de voces de vendedores ambulantes, dileros, aguadores, niños jugando, ladridos, vendedores de carbón y rebuznos de mulas en fila india conducidas por los arrieros, que llegaban muy cerca de la Puerta de Carmona repletos de las más variadas mercancías”.

Pero el patio de Manuel era diferente. Una minúscula puerta corredera comunicaba con el taller paterno que daba a la calle, la verdadera puerta de entrada de la casa. Allí se descargaba la mercancía, se cerraban encargos y se exhibía lo mejor de la firma, ya que desde la calle podía verse parte del comedor familiar, a la manera de una taberna antigua.

El maestro se mira al espejo y tiene los ojos brillantes pero algo melancólicos, como si no estuvieran inmunizados al recuerdo. Continúa hablando.

“No conservo muchos recuerdos de mi primera infancia. Tal vez algunas batallas campales en las cercanías de la puerta de mi casa. Mi juego entonces era el toro en la plaza de la Alfalfa, el mundo que había más allá de mi patio. Mi padre, que se llama Francisco Joaquín, controlaba toda la plaza, su negocio era uno de los más conocidos de la ciudad. En la misma acera de mi casa existían otras firmas. Es un oficio que requiere paciencia. Aunque el material es pobre, da muy buenos resultados. Había por todos sitios rondelas amontonadas que casi llegaban al techo. Otras veces eran las pleitas, que se disponían para ser entregadas a otros establecimientos o se vendían

directamente al público. En fin, otro día le hablaré más detenidamente de este oficio. Pero, si usted se pasea una tarde por allí verá que todo ha cambiado”.

— ¿Cómo era eso de jugar al toro? —le insisto.

—Aquello más bien era puro instinto. No recuerdo cómo empezó todo. Tal vez por pura observación, porque los más grandes del barrio hacían lo mismo. Primero fue en la Alfalfa. Era un coso para debutantes, como si protagonizáramos un auténtico escalafón durante nuestros juegos. Cuando uno aprendía las técnicas básicas se marchaba a la Alameda, el lugar de los aprendices, que se desenvolvían un poco mejor con los trastos. Había una competencia feroz por hacerse con algún trapo viejo, con un palo abandonado que sirviera de estoque y un compañero de fatigas para poder estirarse. Según anduviera uno de los dos en las maneras se iban tejiendo las mimbres de la futura cuadrilla de chiquillos. El que se mostraba un poquillo peor era en seguida en el hombre de confianza, el que llevaba los trastos y procuraba un poco de protección por si te molestaban otros. Su cometido solía ser entonces hacer de toro con dos pitones viejos que encontrábamos por ahí y ser una especie de apoderado cuando llegaban los primeros problemas.

Manuel no tuvo una infancia cualquiera. No se crió en la necesidad imperante de muchos de sus amigos y vecinos. Lo suyo fue una elección difícil pero una decisión empujada también por el entorno, por la vida en la calle, en la competencia de días apretados y aspiraciones predeterminadas. Al hacerse famoso y al arrastrar a los públicos de forma incondicional,

muchos revisteros quisieron buscarle un pasado con linaje e incluso la afición con algún que otro antepasado taurino para poder terminar el ciclo del mito, de la ascendencia, de la noble estirpe. En una ocasión llegó a comentar a un periodista que el único antepasado con afición de la familia era una caja de cerillas que guardaba celosamente porque tenía el dibujo de un torero antiguo recetando una media verónica. Su sangre taurina no viene de lejos. Sin embargo puede ser el último representante de un linaje en decadencia, un ejemplo viviente de un mundo que se nos escapa y, como no tenga un descendiente, tal vez se nos vaya de entre las manos un mito heroico, el protagonista ideal de un poema épico. Me da miedo pensar incluso en el final que puede tener esta historia; evidentemente debe ser trágico, pero ahora no se puede hablar con estas palabras marcadas. La línea se puede interrumpir por el tramo más corto. Ya no corren tiempos de toreros, de hombres esforzados en una sociedad cambiante.

Ahora recuerdo el momento en el que habló de su ascendencia: “Mi familia no es toda de Andalucía. Mis padres sí son de aquí, pero mi abuelo paterno era de Hespes, en Madrid, y la verdad es que no llegué a conocerle. Mi padre siempre me contaba que vino a Sevilla por negocios relacionados con la compra y venta de ganado”, me comentó una noche. Todo ocurrió poco antes de saludar a unos aficionados después de un festejo, cuando subía unas escafpadas escaleras en un hostel de Granada. Es lo que sé de la ascendencia de su familia. Todo lo resumió en esas parcas palabras. Lo único que tiene el héroe de

especial, por buscar algo que se diferencie de lo habitual a estas alturas de siglo, es su nombre, pues fue bautizado con la retahíla onomástica de Manuel Prisca de la Santísima Trinidad. Y así consta en la partida de bautismo.

“Lo del esparto es de muy antiguo en la familia, uno de mis primeros recuerdos es el olor, ese aroma inconfundible que siempre va conmigo y que nunca querré olvidar porque esos son mis inicios, mis raíces”.

La figura de los ruedos es hombre que impone respeto y eso se aprecia en el sigilo de sus hombres de confianza, Añito y Luis Ortega, en la manera de palparle, de colocarle en el sitio exacto. Dan toques precisos a su alrededor. Apenas rozan su cintura con la yema de los dedos. Acaba de ponerse la blusa, blanca, incólume y reluciente. Tiene chorreras bordadas en el frente, es amplia en las mangas y un corte muy a su gusto personal. Se las manda, sin necesidad de tomarle medida, uno de los mejores sastres de Sevilla, Ramón Hinojosa, con establecimiento muy cerca de la calle de la Sierpes. Siguen los retoques y el tiempo parece que se ha detenido junto al espejo. Se peina con esmero. Tiene una larga coleta que recoge cuidadosamente, es de pelo negro, que raya casi en tonos azulados. Utiliza un lazo del mismo color, que le sirve de moña. Manuel es hombre que cuida los más pequeños detalles estéticos. Si nadie lo conociera vería por la calle a un matador de toros por detalles pequeños, insignificantes, pero que destaparían su torería, algo que no podríamos explicar con

palabras cotidianas, pero que identificaríamos sin ninguna duda. Desprende un inconfundible hálito.

“Como le iba diciendo —prosigue— yo no aprendí el oficio en los llanos de San Bernardo, como piensan los aficionados. Tal vez sea ahora cuando muchos principiantes de la profesión se agolpan allí intentando seguir la senda de gente como Costillares o el pobre Curro Cúchares”.

Cuando pronuncia la palabra *pobre* cambia el gesto. Francisco Arjona murió en La Habana a causa de una enfermedad. Se crió taurinamente, como tantos otros, en el matadero de San Bernardo. Hace unos años trajeron sus restos mortales a Sevilla, donde descansan junto al altar del Cristo de la Salud. Él, en cambio, fue experto primero en el toreo de salón y doctor en Tauromaquia con farolas de gas, que había que sortear a base de trincherazos, y maestro, por último, de capotazos a mulas enclenques en el arrabal de la Macarena, en las huertas cercanas al hospital de las Cinco Llagas. La ciudad era el mejor escenario para sus faenas, con un público poco exigente por su indiferencia.

“Era muy complicado ir siempre más allá de la muralla. Era una frontera natural. Los más espabilados se dejaban ver, gracias a una amistad, por el matadero y hasta probaban suerte con el estoque. Mis padres no sabían nada del toro. Con ellos no iba esta historia tan rara cuando yo tenía once o doce años. Pero empezaron a preocuparse. Y cómo se preocuparon, dios mío. Querían lo mejor para mí, una educación como pocas familias podían costear... Yo iba con mi cuadrilla de amiguetes a la

puerta de la Barqueta, lo que teníamos más a mano entonces. Habíamos subido de categoría, de las calles del barrio a los llanos junto al río. Nos hicimos con unos pitones y nos llevábamos allí hasta que ya no se veía a dos palmos de nuestras narices en las tardes frías de febrero. Todo el tiempo que le echábamos era poco, cada día íbamos probando suertes nuevas. Un natural allí, una trincherilla allá y un pase de pecho como remate...”.

Todavía recuerda el matador algunas de aquellas faenas breves, con el sudor en la frente y la prisa por salir corriendo por si había gresca con otros chavales. Tal vez sean para él un vago recuerdo, un cúmulo de circunstancias que poco le pueden resolver el presente, lo que va a ocurrir esta tarde.